

Nuestras lecturas de hoy enfocan en la muerte y la resurrección. Al orar y meditar en ellas, me pregunté lo que pudiera decir para ayudarnos a acercarnos más a la resurrección de nuestros pecados para que pudiéramos vivir como Cristo vivió—compartiendo su sabiduría, su amor, y su compasión.

Había un tiempo cuando, a mí y aquellos alrededor mí, la muerte parecía muy real y siempre presente. Cuando yo crecía en la zona rural de Mississippi rodeado por mis abuelos, tíos-abuelos, tíos, primos, y también los primos de mis padres y de mis abuelos, vivía en la presencia del nacimiento, la enfermedad, la vejez, y la muerte. Ya que el pequeño pueblo a cuatro millas de la casa de mis padres no tenía hospital y tenía dos, y a veces tres, médicos, generalmente nos cuidábamos los unos a los otros. Nuestra creencia que Dios resucitó a Jesús de la muerte era firme, y teníamos una esperanza siempre presente que «el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también [daría vida a nuestros] cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en [nosotros].» Algunos de ustedes saben lo que quiero decir porque su experiencia es similar a la mía.

Nuestras vidas aquí en Ames, Iowa, sin embargo, son muy distintas. Los nacimientos, las graves enfermedades, los ancianos, y la muerte están escondidos dentro de los hospitales, las residencias de los ancianos, y las funerarias. Con familia viviendo cientos de millas lejanas, nuestros jóvenes en particular tienen poca o ninguna experiencia de estas realidades. Algunas veces oigo a la gente decir que los jóvenes piensan que son inmortales. No estoy de acuerdo. Sospecho que la mayoría de los jóvenes son como nosotros adultos. Todos hacemos lo que hacemos, y hacemos lo que pensamos que tenemos que hacer, o que queremos hacer, sin pensar mucho en la muerte y la resurrección.

En este mundo de Ames, Iowa, todo nos tienta de vivir en la presencia de los sentidos sin pensamiento de mañana. Constantemente nos tienta de adquirir y consumir las cosas que nunca supimos que queríamos ni necesitábamos. Nuestro apetito para la comida, el sexo, y las comodidades modernas es estimulado constantemente hasta que lo que es natural y apropiado se convierte en la gula, la lujuria, y la avaricia. La enfermedad, el sufrimiento,

y la muerte sólo existen en lugares lejos de nosotros y parecen irreal. En tal contexto, la resurrección también parecen irreal o sin importancia para nuestras vidas diarias.

En su primera carta a los corintios, San Pablo escribió, «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, nuestra predicación no tiene contenido, como tampoco la fe de ustedes. . . . Si nuestra esperanza en Cristo termina con la vida presente, somos los más infelices de todos los hombres» (I Corintios 15:13-14, 19). «Si nuestra esperanza en Cristo termina con la vida presente . . .». Sin reconocer nuestra mortalidad, sin la consciencia de que Dios nunca nos promete otro momento de respiración, u otro latido del corazón, ¿qué puede significar la resurrección? Jesús dice en el Evangelio de hoy, «Yo soy la resurrección y la vida. Él que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre». Éstas palabras tienen gran significado para la gente que sufre de una enfermedad terminada. Pero si esperamos hasta aquel momento para entender completamente estas palabras, si esperamos hasta aquel momento para hacer que estas palabras sean parte de nosotros, entonces ya no podemos cambiar nuestras vidas como Cristo quiere.

Nuestro Señor Jesús vino a éste mundo a dar esperanza a aquellos sin esperanza, a dar a los cansados el reposo que viene con la tranquilidad del espíritu. Vino a dar dirección a las vidas de aquellos que andan perdidos en confusión. Vino a dar salud a nuestra enfermedad espiritual y a mostrarnos cómo vivir y amar. Otra vez en el Evangelio escuchamos a Jesús decir, «¿Acaso no tiene doce horas el día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; en cambio, el que camina de noche tropieza, porque le falta la luz».

¿Por qué tanto énfasis en la resurrección? Porque nuestras vidas pecaminosas deben morir con Cristo para que nosotros podamos resucitar con Cristo a una nueva vida en este mundo y en el mundo por venir. ¿Vivimos conscientes de que Dios nos da este día, este instante, para que mañana podamos ver claramente el camino correcto para nuestras vidas diarias? Mi oración para mi mismo y para todos nosotros es que tengamos «el Espíritu de Cristo» residiendo dentro de nosotros para que, cuando aquel día llegue, resucitemos con Cristo para ver a Dios cara a cara.